

Terraplen

Luisa Futoransky

París, Francia

Micro//macrocosmos, 2005 empezó por la desgracia;
un alud acuático de enseres, de humanos y de bestias en el sudeste asiático
un incendio estrago en República Cromagnon, Once, Buenos Aires.
Lo infinitamente grande,
lo más pequeño, desorbitados ambos,
retorciéndose las manos de grito y de pavor.
El vigilante repite que había un solo extintor.

La caridad más espectacular encera lentejuelas
y aumenta el voltaje de las candilejas.

Los pedófilos vuelven a la cacería.

La carne más trémula al sombrío desprecio de la aniquilación.
Nada es nuevo cuando reaparece el sol.
En las fábricas, recuerdo que lo leí a propósito de desgracias mayores en
China, atrancan los galpones donde trabajan los obreros para que no salgan,
no tomen aire, no fumen que no no y no.
En las discos hacen lo propio para que no haya colados que se vayan con la
cuba libre en las tripas sin pagar.

El crecimiento devora a dentelladas y por el mero placer de lacerar.

Mientras,
los turistas sobre los muertos que fecundan las aguas y las tierras compran
bronceadores con la mayor protección pantalla solar total.

Un artificiero confecciona cañitas voladoras. Alguna sin duda está destinada
a hacernos estallar el corazón.

Pruebas al canto.

El 27 de enero, conmemoran el sexagésimo aniversario de la liberación de
Auschwitz.

Mejor digo apertura porque liberación de allí, imposible.

El velo transparente que cubría el cuerpo de la humanidad estalló y quedó el
cráter, las pústulas, la agonía, para siempre crónica.

Un terraplén permite,
a veces,
salvar la zanja
que separa la tierra
del vacío del infierno.